

CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

EL OCTAVO ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO.

El 18 de julio celebró España con jubilosa unanimidad el término del octavo año de régimen nacional. En las cincuenta provincias, en las islas y en las posesiones africanas, la bandera de la Patria ondeaba ese día en edificios públicos y particulares con la alegría de los aniversarios gloriosos. Tal día como éste, el Ejército español y los grupos políticos nacionales se levantaron en armas contra un Gobierno ilegítimo que había conculcado todos los derechos y prerrogativas humanos para entregar gradualmente el Estado a la tiranía despótica del comunismo. Alzamiento en que tantas justificaciones morales, desde el punto de vista del derecho público, se encontraran en favor de los sublevados rara vez se conociera. La República española, democrática y liberal, había degenerado rápidamente en manos del Frente Popular en un caos anárquico en que los jefes de la oposición parlamentaria caían asesinados por el Gobierno, y las libertades personales eran pura ficción. Desde ese instante, el juego normal de las instituciones republicanas quedaba roto y la defensa social se convertía en urgente problema de salvación pública. Sin nacionalsocialismo en Berlín y sin fascismo en Roma, las razones vitales, los imperativos éticos y la apremiante necesidad del Movimiento lo hubiesen hecho surgir idénticamente en julio de 1936.

El Caudillo quiso resumir en un discurso al Consejo Na-

cional en esa fecha, la obra de gobierno realizada en el año, confirmando la costumbre establecida. Pero de su interesantísima y amplia oración, que abarca sintéticamente los trabajos y realizaciones de los distintos Ministerios en el último período, nos interesa destacar aquí especialmente el bello e intencionado preámbulo en que habló de la paz española.

Hizo el Generalísimo y Jefe del Estado esta afirmación terminante y exactísima: *"La paz no hubiera sido posible para nosotros bajo los sistemas y regímenes que nos precedieron."* Cualquiera de ellos, en sus versiones más pacifistas, nos hubiese lanzado a la hecatombe mundial más tarde o más temprano, y ello no sólo por un motivo elemental de discordia interior, de disidencia moral, que hubiera agudizado las filias y las fobias hasta la intervención activa o pasiva de España en la contienda, sino también por la imposibilidad de mantener un mínimo de albedrío propio ante las enormes presiones de los bandos beligerantes. Como dijo el mismo Caudillo en su discurso: *"La libertad de las naciones está íntimamente ligada a su unidad y a su disciplina, bases indiscutibles de su fortaleza, a la que sólo puede llegarse por el camino de las renunciaciones y de los sacrificios."* Unidad y disciplina sólo eran posibles en España después de triunfar el bando nacional en la guerra de liberación. Pues sólo él —sólo nosotros, los nacionales— concebíamos al Estado con un sentido unitario y sabíamos de la disciplina que nace de una convicción moral profunda: la de sentirse servidores de una Patria con misión histórica en el mundo.

Así, pues, como certeramente proclamó el Jefe del Estado, la paz española es el fruto de la política de unidad y autoidad que desde hace ocho años se implantó en España a costa de inmensos sacrificios. Nadie pensó ciertamente al estallar el Movimiento en 1936, ni siquiera al terminarse victoriosamente la guerra en 1939, que la más inmediata recompensa de tantos heroísmos, dolores y miserias, iba a ser la salvación colectiva de España de la catástrofe subsiguiente. Y, sin embargo, podrá escribirse algún día con verdad que España hizo su guerra para salvar la paz, aunque a paradoja pudiera sonar la frase.

Muchas cosas quisiéramos recoger y glosar del importan-

te discurso del Caudillo, pero ello haría nuestro comentario desmesurado. De sus restantes afirmaciones sobre la esterilidad de las guerras, sobre sus consecuencias anárquicas y subversivas de todo orden, sobre la colaboración española en la post-guerra mundial, subrayemos tan sólo una frase que incita a silenciosa y fecunda meditación: "*La Falange no es belicismo, es virilidad*", y, finalmente, esta definición de nuestro Estado completa en su escueta concisión: "*Un poder sereno gobernando a los españoles agrupados en organismos naturales, sindicales y municipales bajo la moderación inigualada de los principios de la fe católica y el sentimiento de respeto hacia la dignidad y personalidad humana.*"

A los ocho años de vigencia, el Estado español, nacido del Movimiento, ha superado victoriosamente las pruebas amargas de la reconstrucción interior, de la hostilidad externa y de los huracanes guerreros del mundo. Ningún hombre bien nacido de nuestra tierra deja de rendir en estas horas su íntimo homenaje de agradecimiento al *Poder sereno* que ha gobernado con firmeza y clarividencia en esta etapa azarosa de la historia nacional.

LA MUERTE DEL CONDE DE JORDANA.

Silenciosamente, casi inadvertida, como él deseaba que fuera su vida, llegó la muerte al ilustre Teniente General Jordana, Ministro de Asuntos Exteriores. Trabajando en su despacho del Ministerio de Jornada, en San Sebastián, con la febril y minuciosa actividad que le distinguía, le sorprendió la dolencia postrera. Nadie lo supo hasta que la triste noticia del irremediable desenlace cundió por España inundando al pueblo de dolor. Porque Jordana era una figura popular, querida de todos. No era sólo su modestia extremada, su sencillez, su humildad casi diríamos, lo que le granjeaba el afecto de la pública opinión, sino que éste brotaba al propio tiempo de ese instinto que la masa española suele poseer para localizar con seguridad al preparador de una política de aciertos y éxito en horas difíciles de angustia nacional. Preparador, decimos, porque el Conde de Jordana era, sobre todo, eso: un irreprochable, meticoloso Jefe de Estado Mayor. De su for-

mación profesional y de su brillante hoja de servicios destaca siempre en el recuerdo de los que le conocieron su eminente personalidad técnica como organizador concienzudo y exacto. Era el hombre que —dentro de una exquisita cortesía en el trato y en el mando— más hacía trabajar y rendir a sus subordinados en Africa predicando con el ejemplo de una tarea agobiadora. Durante la guerra de liberación, en su primera etapa de Ministro de Asuntos Exteriores y Vicepresidente del Gobierno Nacional, asombraba a todos con su infatigable resistencia. Ya entonces demostró una considerable habilidad diplomática llevando las delicadas negociaciones con las potencias que no habían reconocido aún al Gobierno de Burgos. De su mano, estas potencias fueron llevadas al terreno de las realidades prácticas. Al pasar después a la Presidencia del Consejo de Estado, cuya reorganización como cuerpo consultivo en la postguerra a él se debe, no hizo otra cosa el ilustre soldado que tomarse una tregua de relativo descanso. Porque ¡el Caudillo llamaría muy pronto otra vez al antiguo compañero de armas para depositar en su lealtad inalterada la ejecución de una determinada política internacional.

Jordana llevó a cabo --bajo la inspiración de Franco-- en el bicio 1942-44, una labor inmensa, cuyo alcance solamente podrá juzgarse transcurridos los años. Eje fundamental de su política lo constituyó el acercamiento cordial y fraterno a Portugal en el llamado "Bloque Ibérico", cuya formación en aquellos instantes dramáticos de la lucha mundial no comprendieron muchos, teniéndolo incluso por inoperante. Y sin embargo el Bloque Ibérico, basado en la comunidad de intereses y de ideologías, apartamiento del conflicto y anticomunismo de los dos gobiernos, y en el más exquisito respeto por la soberanía e independencia de ambos países, ha sido una pieza esencial para el mantenimiento de la paz española.

La mejoría de relaciones con las Naciones unidas, que gradualmente ha ido incrementándose hasta llegar a la pública y rotunda declaración de Churchill en el Parlamento británico, se debe en gran parte asimismo a la paciente habilidad de este eminente colaborador del Caudillo. Sería prolija la enumeración de los hechos acaecidos en esta etapa de nuestra po-

lítica exterior que se caracterizó por el equilibrio, la prudencia y el respeto a las normas de la civilización cristiana en medio del furor desatado de un mundo en destrucción.

Aludimos antes al dolor popular ante la muerte del ejemplar Ministro. A su entierro se asoció toda la población donostiarra y madrileña con unanimidad excepcional. Un diplomático portugués nos refirió una emotiva anécdota sobre el acontecimiento que, dentro de su nimiedad, recogemos por aleccionadora. Se hallaba en San Sebastián casualmente y le sorprendió la triste noticia, disponiéndose a concurrir al sepelio. Echó de menos una corbata negra y se dispuso a comprarla en la primera tienda que halló a su paso. Al conocer el comerciante que el cliente era diplomático extranjero —y portugués— supuso cuál era el destino de la prenda en cuestión: “Se la regalo —dijo—. De esa manera quiero asociarme yo también al dolor general por la muerte de este gran soldado que a las órdenes de Franco ha salvado la paz y nos ha unido entrañablemente con ustedes, los portugueses.” ¿Desde cuándo en España —nos preguntamos— tomaban parte en el pesar nacional por la muerte de un Ministro las clases medias, los tenderos y la pequeña burguesía? Y es que, pese a ciertos tópicos del derrotismo antinacional que anidan también en mentes increíbles, pocas veces en nuestra Patria logró un régimen el cúmulo inmenso de asistencias —ardientes, interesadas o pasivas— que el Estado nacional y el Gobierno de Franco consiguieron.

LEQUERICA, MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES.

“No hay más que una política internacional en España: la del Estado, la del Movimiento, la del Gobierno. En una palabra: la que define y propugna el Caudillo.” Con esa intencionada afirmación, saliendo al paso del inevitable cortejo de murmuradores que gusta de adjetivar y poner apellidos a la obra del régimen, ganó su primera batalla dialéctica José Félix Lequerica, sucesor de Jordana en el difícil puesto del Palacio de Santa Cruz. Ilega el Embajador de España en Francia al pináculo de su vocación política, enajado de talentos,

de experiencia y de saber. Su vida anterior fué una larga y constante preparación para el Ministerio. De joven conservador, allá por los años de la otra guerra, ya se había asomado su curiosidad de estudioso adolescente a las aulas londinenses de política y economía que alternaba con asiduas concurrencias a la tribuna pública de la "House of Commons". Más tarde formó en las filas del maurismo popular y callejero como una brillantísima promesa de futuro gobernante, desempeñando con Maura la Subsecretaría de la Presidencia en el llamado "Gobierno Nacional". La Dictadura del General Primo de Rivera interrumpió su carrera ascendente, y en 1930 volvió a la Subsecretaría en los últimos y desesperados esfuerzos por salvar el régimen monárquico. Instaurada la República pasó Lequerica a la oposición implacable denunciando vigorosamente el régimen de traición nacional. Cuando estalló el Movimiento de julio lo encontró desde el primer instante entre sus más ardientes y entusiastas propugnadores.

Porque Lequerica, aunque cronológicamente no lo sea del todo, es un hombre de nuestra generación juvenil. Su afán constante, su obsesión casi, se centraba en buscar al caduco conservadurismo español fórmulas y cauces novísimos. Bajo la Dictadura, relegado a un voluntario ostracismo, escribió una serie de artículos periodísticos —recogidos luego en un volumen: "*Soldados y políticos*"—, en los que se contiene el más sutil y penetrante análisis de aquel sistema en una crítica tan ferviente y constructiva que sorprende en el lector de hoy que tal avisado escritor político permaneciera ausente o al margen de un Gobierno cuyas excelencias y errores discriminó como nadie. Al entrar en los Gobiernos postreros de la Monarquía atisbó con certeza la nula capacidad de los viejos partidos para integrar la vida y la opinión españolas. Por eso exultó literalmente de interés y júbilo cuando supo que un grupo joven de estudiantes, intelectuales y obreros, trataban de fundar un semanario de combate: *La Conquista del Estado*, para lanzar la semilla de una nueva doctrina: el sindicalismo y la revolución nacionales. Lequerica apoyó el intento con entusiasmo profético.

Es singular que a este bilbaíno, de inteligencia y cultura políticas complejas y vastísimas, le hayan calificado muchos

con el dictado primordial de su astucia y habilidad —cualidades por otra parte esenciales en el gobernante—. Y, sin embargo, pocas personalidades conocemos en España que mantengan una más vigorosa fidelidad ideológica a sus convicciones doctrinales. Dígalo, si no, su aguda hostilidad frente a la República y al *ralliement* derechista que le concitó repudios electorales insuperables. Dígalo asimismo su invariable lealtad a Franco y a la Falange en los últimos años. El Caudillo, experto conocedor de hombres, ha designado con oportunidad magistral a Leguerica —*the right man in the right place*— para ocupar la cartera de Asuntos Exteriores en esta hora trágica y suprema de Europa y del mundo.

LA NUEVA UNIVERSIDAD.

Paso a paso, la Revolución nacional va llevando a cabo la gran reforma de la Universidad. Desde el comienzo del Alzamiento, ya en los días iniciales de Burgos y Salamanca, palpitaba en la mente y en el pecho de los universitarios españoles —catedráticos y escolares— el anhelo de una sustancial renovación de nuestras enseñanzas de Facultad. Surgió con el primer Gobierno nacional la Ley orgánica de la segunda enseñanza, amén de numerosas disposiciones encaminadas a cimentar la vida escolar española sobre bases firmes. Ahora, al cabo de ocho años del Movimiento, y después de madura reflexión, informaciones técnicas y asesoramientos relevantes, ha podido llevar al *Boletín Oficial* del 4 de agosto nuestro gran camarada Ibáñez Martín los decretos que fijan y establecen la definitiva reorganización universitaria. Las clásicas Facultades de Letras y Ciencias se ven sometidas a una visceral modificación interna. Sin perjuicio de la base común de conocimientos, una necesaria especialización abre sus ramificaciones terminales a la compleja variedad de la técnica moderna. Gran novedad —ya establecida desde hace un año con funcionamiento normal y nutridísima matrícula— lo constituye la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, cuya urgente presencia era requerida por centenares de españoles de toda clase y condición que acudieron a sus aulas inaugurales. Esta

CRÓNICAS

modificación tan importante de nuestras licenciaturas empieza su vigencia inmediatamente, aunque de modo escalonado y progresivo. Sus frutos considerables han de observarse, por consiguiente, con lentitud. Al cabo de un quinquenio, cuando los nuevos abogados, químicos, médicos y profesores se desparramen por España, portadores del germen espiritual del Movimiento y de un bagaje científico moderno de corte universal, podrá esperarse en serio una esencial mutación en el tono de la vida española, sacudida de su modorra por el soplo vivificador de la nueva Universidad.

* * *